



VOL: AÑO 8, NUMERO 21
FECHA: ENERO-ABRIL 1993
TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS
TITULO: **Las identidades culturales frente al TLC**
AUTOR: *José Manuel Valenzuela Arce* [*]
SECCION: Artículos

RESUMEN:

En este trabajo se discuten los procesos de asimilación, recreación y resistencia cultural frente a las tendencias de globalización económica y social que se presentan en el mundo. Para ello se analizan algunos de los principales argumentos esgrimidos en relación con el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá y sus efectos previsibles sobre las identidades culturales de los mexicanos. Consideramos que la experiencia de la frontera México-Estados Unidos, así como la historicidad de la población de origen mexicano en aquel país, prefiguran varios de los escenarios posibles de una mayor integración comercial, social y cultural, por lo cual el debate sobre el TLC debe recuperar críticamente estas experiencias. Sin embargo, también consideramos que las transformaciones que se presentan en nuestro país en el terreno cultural, social y económico derivan más de la modificación del proyecto nacional que de los efectos que pudiera tener el TLC.

ABSTRACT:

Cultural Identities Face the NAFTA.

The world presents economic, social and globalizing tendencies. The article discusses the process of assimilation, recreation, and cultural resistance to these new tendencies. We analyze some of the main arguments related with the North American Free Trade Agreement between Mexico, The United States and Canada. We also study certain predictable effects on the Mexican's cultural identity. Certain experiences at the frontier between Mexico and the United States, as well as the stories of Mexicans' living in their neighbor country show possible scenarios of commercial, cultural and social integration. Therefore, the NAFTA debate should critically review these experiences. However, we also consider that the cultural, social and economic changes taking place in our country are a result of development in the national project, more than the effects the NAFTA could cause.

TEXTO

Introducción

Los fenómenos socioculturales comprenden formas diversificadas de respuesta frente a los grandes ejes modernizantes, entre los cuales encontramos procesos culturales de asimilación, transculturación, recreación y resistencia. Es dentro de esta realidad compleja

que se ubica la discusión acerca de los efectos previsibles del Tratado de Libre Comercio (TLC) sobre las identidades culturales y nacionales.

La discusión en torno de las identidades culturales y nacionales en México frente al TLC ha sido insuficiente, aun cuando se han escuchado las voces de importantes intelectuales, quienes han manifestado diversas posiciones que no siempre presentan los matices que requiere la realidad pluricultural del país. [1]

En el marco de esta discusión, la identidad nacional se presenta como un campo semiabierto, de múltiples acepciones, donde se mezclan indiferenciadamente identidades culturales, nacionalismo, identidad nacional, identidad étnica e identidad patria. En ellas destaca un amplio espectro de posiciones que van del fatalismo que avizora la caída de las identidades culturales frente a los embates de la globalización y la integración económica, hasta las opiniones triunfalistas que apuestan a su incólume permanencia que garantiza que, al despertar del sueño de la integración, las identidades aún estarán ahí.

El debate sobre las identidades también se manifiesta como expresión de presencias inasibles que actúan en la ordenación del sentido de nuestras vidas sin que podamos aprehenderlas del todo. [2] Por otro lado, se encuentran las opiniones de quienes consideran que los procesos de integración deberían avanzar hacia formas más amplias en el terreno no sólo económico, sino también político. [3]

La discusión en torno del TLC ha permitido diversas reflexiones acerca de las actividades culturales, las identidades y, en términos amplios, sobre los procesos de construcción de diferentes órdenes sociales significativos. La inminente reglamentación de las relaciones comerciales obliga a renombrar interacciones que ya se encuentran entre nosotros a pesar de nuestra disposición a ignorarlas.

El TLC genera aprensiones en el campo cultural no sólo por las marcas y los temores que produce la histórica voracidad del socio mayor del acuerdo, sino también por la evidente asimetría económica, política y militar existente entre los tres países. Los prejuicios de un lado y otro se engrandecen ante la permanencia de una división sociocultural de oportunidades en Estados Unidos, donde los estereotipos étnicos y raciales desempeñan un importante papel en la definición de las expectativas sociales.

Dentro de este marco de relaciones culturales transnacionales se construyen nuevos ámbitos de interacción donde el sentido de las prácticas colectivas se produce y confronta a partir de nuevos esquemas de concertación, negociación y disputa económica, social y cultural. En este complejo proceso se incorpora la construcción de semejanzas y diferencias dentro de experiencias históricas semantizadas que le otorgan sentido a la interacción, pero ésta también se construye dentro de relaciones de poder que enmarcan los ámbitos de interacción entre la población de los países involucrados en el TLC.

En nuestro país la discusión sobre las posibles implicaciones del TLC ha tenido un papel periférico, cuando no se le ha minimizado a partir de argumentos fáciles que aluden a la invulnerabilidad de nuestras identidades culturales, como sucedió con las declaraciones de Jaime Serra Puche, secretario de Comercio y Fomento Industrial, quien señaló que este tópico no era relevante para México y que, por consiguiente, no había por qué preocuparse. Posteriormente tuvo que matizar, señalando que no era preocupante debido a la solidez de la cultura mexicana.

Consideramos que, a pesar de la importancia que reviste la discusión sobre los efectos previsibles del TLC en el área cultural, éstos se sitúan en cambios de más largo aliento de los modelos de acumulación capitalista, en los cuales se delinearán los rasgos de proyectos

nacionales diferentes a los que funcionaron en décadas pasadas. Estos cambios implican una profunda redefinición del papel de los actores sociales y una mayor incorporación de los referentes culturales al campo de la rentabilidad. En otras palabras, se presenta una mayor inserción de las actividades culturales en la esfera de las industrias culturales y en la lógica neoliberal de productividad, eficiencia y rentabilidad.

Es dentro de este marco donde podemos ubicar las respuestas teóricas a los efectos sociales y culturales previsibles en un ambiente de globalización e integración económica y, de manera más específica, en los escenarios posibles que enmarca la firma de un tratado de libre comercio México-Estados Unidos-Canadá, así como sus efectos previsibles en las identidades nacionales y culturales. Sin embargo, antes de entrar en materia, es necesario ubicar un marco teórico general donde presentaremos algunas de las principales referencias teóricas sobre las identidades sociales. [4]

1. Principales enfoques teóricos

Desde las comunidades primitivas hasta las formas de organización social previas al Estado moderno, encontramos una presencia determinante de la sociedad o del nosotros sobre los rasgos particulares o individuales. El proceso de construcción-reconstrucción de las identidades se tornó más complejo como producto de la división social del trabajo, el crecimiento y la diversificación de las sociedades y la aparición del Estado.

Partimos de la consideración de que las identidades se construyen en la relación entre lo individual y lo social dentro de un marco histórico y simbólico. Asimismo, observamos que la complejización de los procesos sociales conlleva transformaciones en las actitudes y los rasgos individuales, con lo cual se establecen diferentes posibilidades de adscripción identitaria.

La búsqueda de la comprensión de la constitución del yo en la dialéctica individuo-colectividad ha sido abordada desde diferentes campos y disciplinas. También desde la psicología se han hecho esfuerzos para explicar la articulación entre los procesos sociales con aquellos en los cuales se forma la persona. Conjuntamente al desarrollo de la sociología, en el campo de la psicología se avanzó en el estudio de las identidades. En los albores de la década de los años treinta, Freud identificó la relación entre lo social y los deseos emanados de manera "natural" en términos de conflicto; para él, la cultura aparece como elemento de coerción, restrictiva y limitante, pues restringe "irremediablemente" las "exigencias pulsionales". La cultura se presenta como elemento de orden, de regulación, y aparece de manera concomitante a la intención de normar la acción y los vínculos sociales.

Retomando la distinción freudiana del ello, el yo y el super yo, y planteando la vinculación entre el super yo con los procesos cohesionados de identidad cultural, Erik H. Erikson planteó el problema del yo en términos de identidad, pues consideró que la importancia del estudio de la identidad era similar al de la sexualidad en tiempos de Freud. Por su parte G. H. Mead, al igual que Freud y Erikson, analizó la relación entre el individuo y el grupo o la sociedad; entre el yo y el nosotros, incorporando el lenguaje oral y gestual en la constitución del sujeto.

La persona es yo y mí (sí mismo) simultáneamente, esa es una condición de su existencia como ser humano completo, integral. La persona completa de Mead es yo en la medida que tiene capacidad de iniciativa, de actuación, de acción, de prefiguración. No es receptáculo pasivo de influencias sociales, ni expresión atomizada de éstas, sino que tiene capacidad de impulso, de definir y redefinir actos, de pensar sociedades diferentes, de actuar sobre la estructura social y cambiarla. Por su parte, el mí se define a partir de la

interiorización de los otros. Las mediaciones entre el yo y el mí permiten hablar de una persona completa; es la creación y la reconstrucción que el yo realiza en las actitudes y los mensajes externos del mí, pero es también la opción prefigurativa de aquél sobre la vida social.

A pesar de que los trabajos aludidos no consideran los procesos de constitución de lo social o lo colectivo, desarrollan importantes elementos que pueden ser integrados en una perspectiva interdisciplinaria de estudio de la identidad.

Durante las últimas décadas, los trabajos en torno de la identidad se han desarrollado de manera importante a través del concepto de hábitos de Pierre Bordieu, la antropología interpretativa de Clifford Geertz, la escuela crítica de Jünger Habermas y el paradigma orientado hacia la identidad, donde ubicamos a Alain Touraine, Alberto Melucci y Francesco Alberoni.

El hábitus expresa la interiorización de reglas sociales mediante un conjunto de disposiciones durables orientadoras de la acción; es el producto de la interiorización de las condiciones objetivas de existencia que permite la construcción de una coherencia intersubjetiva de las experiencias colectivas a partir de lo cual se constituyen los estilos de vida.

Por su parte, Geertz considera que la cultura designa pautas de significados en formas simbólicas, las cuales involucran acciones, expresiones y objetos significantes mediante los cuales se posibilita la comunicación y la reproducción cultural. Geertz ubica la acción humana como acción simbólica que posee sentido y valor, y la cultura como una ciencia interpretativa que busca "desentrañar" estructuras de significados. Geertz analiza estructuras de significación socialmente establecidas que son sistemas de interacción sígnica a través de los cuales se posibilita la comunicación.

El proceso de constitución del yo nos remite hacia las diferentes formas de articulación de cotidianidad y genericidad, relación en la cual se construyen y definen el sentido y el orden social como referentes indispensables en la formación de la individualidad, mientras que Habermas pondera el papel del mundo de vida (en su significación cognitiva y práctico-moral) como elemento que crea un orden necesario para la unidad de la persona.

La autoconciencia para Habermas representa un proceso de autoreconocimiento y heteroreconocimiento; es la confrontación del yo con otros yo, a partir de lo cual los sujetos cobran conciencia de sí mismos y de los otros; es la constitución del sujeto en el proceso de intensa interacción de actores que representan el yo y el otro yo. La subjetividad frente a otra subjetividad, pero también la individualidad y la genericidad; la parte y el todo, el yo y el no yo. Lo anterior implica una activa lucha por el reconocimiento.

Varios autores, entre quienes destacan Alain Touraine, Alberto Melucci y Francesco Alberoni, señalan la configuración de la acción social a partir de la construcción de un sentimiento de identidad o de conciencia del "nosotros", donde simultáneamente se construye una visión colectiva que diferencia de "los otros". Dicho proceso parte de la existencia de intereses comunes, identificación de un adversario construcción de diferentes niveles de confrontación entre el nosotros y los adversarios.

Desde diferentes perspectivas, en las propuestas de Berger y Luckmann, Bordieu, Melucci, Alberoni, Touraine y Giddens se encuentran importantes aportaciones en el intento de integrar elementos objetivos y subjetivos, simbólicos e instrumentales en el análisis de construcción de la identidad a través de la acción social.

A partir de los elementos señalados, consideraremos las identidades como construcciones semantizadas que incorporan elementos "objetivos" y subjetivos que se construyen en ámbitos relacionales no esencialistas, sino que aluden a comunidades imaginarias (Benedict Anderson), que permiten la construcción de un sentido social de pertenencia que se expresa en la delimitación del nosotros y de aquellos que se encuentran fuera de los límites de adscripción del grupo, quienes pueden ser referentes de diferencia o de alteridad.

En la medida en que todas las identidades poseen un carácter relacional, el proceso de construcción identitaria incluye una relación de negociación y disputa entre diversas formas colectivas de auto y heteroidentificación, lo cual refiere a procesos mediados por condicionantes de poder que se manifiestan dentro de ámbitos específicos de interacción donde cobran forma y sentido diferentes niveles de disputa, resistencia, recreación e integración cultural.

Lo anterior resulta válido tanto para identidades tradicionales o profundas en el sentido que les asigna Guillermo Bonfil e identidades primordiales persistentes de las que habla Gilberto Giménez (Fossaert 1992), como para las identidades emergentes que, aunque carecen de atávicas matrices culturales comunes, se constituyen a partir de construcciones simbólicas de proyectos, compromisos o resistencias implícitas. Las identidades sociales refieren a construcciones históricas específicas y tienen una condición situacional que nos obliga a considerar identidades culturales heterogéneas que, aunque son impactadas por los procesos económicos globales, no se subsumen en ellos ni las homogeneiza su influencia.

II. Identidades culturales y nacionales

El mundo presenta importantes transformaciones en lo referente a las lealtades y las adscripciones a través de las cuales los grupos sociales se identifican y son reconocidos. Estas identidades se insertan en prácticas cotidianas a través de la familia, el barrio, el ámbito del trabajo, las condiciones objetivas de vida o a través de la identificación con proyectos imaginarios, donde las personas se incorporan en comunidades de carácter religioso, generacional, étnico, etc. Estos campos de demarcación y disputa cultural han originado fuertes conflictos que han tenido una presencia importante en el escenario internacional. Estos son algunos elementos a través de los cuales se han venido transformando las percepciones culturales ancladas en los procesos profundos, para integrarse en redes de significado mundiales que son los puntos de contrastación entre el yo y las prácticas cotidianas, frente a la información y los conocimientos genéricos que constituyen los referentes fundamentales de globalización del modernismo como ambiente sociocultural.

Los posibles escenarios derivados del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá implican transformaciones socioculturales derivadas tanto de un marco de mayor apertura comercial como de la incorporación a nuevos ámbitos culturales de interacción.

Sin embargo, a pesar de los procesos de globalización y de mayor interacción económica, social e informativa a escala mundial, las experiencias recientes en los ámbitos nacionales enfatizan la prevalencia de procesos de identificación cultural emanados de referentes étnicos, generacionales, religiosos, etc., los cuales pueden adquirir importantes connotaciones de resistencia que nos hacen repensar la relación entre los procesos de globalización aludidos y las formas de recreación y demarcación de las identidades culturales, étnicas y nacionales. [5]

Existe una importante cantidad de trabajos que cuestionan las ideas lineales de la asimilación o de las tendencias uniformadoras propaladas por el melting pot en relación con la población de origen mexicano en Estados Unidos, entre los cuales se encuentran los enfoques de pluralismo cultural (Hayes, Bautista, Hurtado, Burciaga y Hernández) y colonialismo interno (Robert Blaunier, Michael Hechter, Rodolfo Acuña, Mario Barrera, Almaguer y Mirandé). Estos trabajos ofrecen elementos fundamentales para reconstruir los procesos de interacción entre la población mexicana en Estados Unidos y la cultura dominante y resultan de gran importancia para el análisis de las identidades sociales de una población que, a casi un siglo y medio de la guerra entre México y Estados Unidos, no se ha subsumido en el supuesto vigor superior de la cultura dominante, y ofrece un ejemplo fundamental para la realización de un análisis crítico de quienes consideran que una mayor apertura comercial derivará de manera lineal en una pérdida de las identidades culturales, o en una inevitable desnacionalización de la población mexicana.

III. Globalización y modernización

Vivimos una época en la cual las fuerzas sociales aparecen como personajes bromistas que nos cambian "los cuadros" de la historia con enorme velocidad. El mundo se desfigura, delinea nuevos perfiles, renueva viejos conflictos. El marco general de estos cambios se establece dentro de la incierta configuración de un nuevo "orden mundial" emanado de los profundos vacíos dejados por algunos de los llamados países socialistas, de los cuales emergieron con fuerza imprevista dos eventos de gran relevancia: la reunificación alemana y la acción de las identidades profundas que décadas atrás habían sido condenadas al olvido mediante decreto burocrático de la URSS estalinista en los años veinte y que ahora reaparecen con un vigor espectacular ("Los muertos que habéis matado gozan de buena salud").

Sin embargo, también observamos la fuerte presencia de la intolerancia y el racismo que se manifiestan en Alemania, Bélgica, España, Inglaterra, Francia, Brasil o en Estados Unidos, donde en los últimos años han operado grupos como Ku-Klux-Klan, White Arian Resistance, Skin Heads, Light up the Border, White Power y Metal Militia. [6]

A partir de la redefinición de las fuerzas sociales en la escala internacional se construye un nuevo orden mundial, el cual expresa relaciones conspicuas en el terreno económico pero también amplía su marco de influencia al terreno social y cultural, en el que los procesos se muestran mucho más complejos y contradictorios que lo que sugieren las teorías de la modernización, pues los modelos culturales construidos desde las identidades profundas o persistentes desbordan la lógica lineal-instrumental a la cual las condenan los enfoques neoliberales. [7]

La configuración y la recreación de las identidades sociales no necesariamente se mueven al ritmo, sentido y transparencia de las transformaciones económicas. Como bien lo señala Robert Fossaert, los elementos y los condicionantes sociales de la modernidad son heterogéneos y pueden resultar contradictorios dependiendo del enfoque disciplinario y los indicadores a partir de los cuales se analicen.

Para Fossaert la modernización se identifica por la acentuación del impacto de seis grandes aspectos de la realidad actual: los nuevos caminos de la industrialización; el consumo y su papel transformador de los modos de vida; la urbanización; la escolarización (que incluye la calificación de la fuerza de trabajo); la comunicación, que se benefició del desarrollo de la radio y la televisión estadounidenses pero que presenta importantes atrasos en prensa, edición de libros, bibliotecas y espíritu crítico; y, finalmente, la administración burocrática. [8]

El mundo actual se caracteriza por la delimitación de nuevas coaliciones de Estados que, no obstante, enfrentarán serias dificultades para sostener escenarios inciertos definidos por el fuerte crecimiento demográfico, una nueva realidad ecológica, un errático dispositivo monetario y financiero, la revolución informática y un crecimiento de los medios de comunicación que rebasa las fronteras nacionales. [9]

Sin embargo, las nuevas coaliciones de Estados, como la Comunidad Europea, no han logrado proscribir importantes diferencias socioculturales ancladas en modelos culturales o matrices identitarias profundas mediante los cuales pueblos y naciones se reconocen entre sí y se diferencian de los otros.

Lo anterior es captado acertadamente por René Girault cuando destaca que la conciencia europea todavía es frágil y desigualmente distribuida entre las poblaciones de Europa. Esta conciencia presenta importantes diferencias derivadas de las actividades profesionales o sectoriales y definidas por el "marco de vida", el nivel social, las condiciones de empleo, el vivir en las zonas fronterizas o no fronterizas, el ser migrante o no, la condición urbana o rural, la edad de las personas, aspectos que pesan diferenciadamente al analizar la pírrica victoria del sí en el referéndum francés sobre el Tratado de Maastricht. [10]

A partir de los elementos anteriores, Girault deriva una reflexión que compartimos al señalar que:

un proceso de modernización debido a una transformación económica capital no desemboca necesariamente en una evolución uniforme de las mentalidades colectivas, que encuentran en el terreno de lo cultural, entendido en sentido amplio, fuentes de acción o de reflexión diferentes procedentes del pasado. Si el nuevo orden económico europeo halla una cierta legitimidad en una identidad europea en ascenso, ésta tiene su origen en una conciencia que procede de consideraciones no económicas, como la voluntad de conservar la paz o de superar el antagonismo franco-alemán. Por su lado, el nacionalismo, todavía tan vivo en Europa, ¿puede extraer su fuerza únicamente de una economía nacional? Por lo tanto, es necesario emprender un análisis conjunto de los factores económicos y de las evoluciones de las mentalidades colectivas (Girault, 1992: 21).

De esta manera, podemos regresar a uno de los planteamientos centrales de nuestro trabajo, que consiste en considerar diversas posibilidades de articulación de los procesos culturales, los cuales no necesariamente coinciden con los procesos de globalización y modernización. La compleja articulación de tiempos y procesos históricos es captada certeramente por Carlos Fuentes cuando señala la reaparición del pasado en el presente: "Todo lo que se creía muerto estaba vivo: han regresado las tribus con sus ídolos, los nacionalismos y las religiones, a llenar los grandes vacíos dejados por las ideologías en pugna durante la guerra fría" (Fuentes, 1992).

Contrariamente a las lógicas desarrollistas y las posiciones de quienes sostienen visiones polarizadas y dicotómicas, los problemas del "subdesarrollo" también se presentan en los países económicamente avanzados, como sucede en Estados Unidos, donde el 1% más rico de las familias percibieron cerca de 60% o más del aumento en el ingreso per cápita registrado entre 1977 y 1989. Esto conlleva mayor desigualdad social, depauperación de sectores importantes y disminución de programas de asistencia social en salud y educación (Lustig, 1992). [11]

IV. Modernización y proyecto nacional

A inicios de la presente década, cuando los presidentes Bush y Salinas dieron a conocer su decisión de impulsar un tratado de libre comercio, se buscaba reglamentar una realidad comercial obstinadamente evidenciada por las cifras que indicaban que 70% del comercio mexicano se realizaba con Estados Unidos, aun cuando la importancia estratégica de la firma de tal tratado para estos países fuera desigual.

Las condiciones de interacción resultan asimétricas y las desigualdades socioeconómicas existentes se constatan cuando observamos que el producto interno bruto de Estados Unidos es 32 veces mayor que el de México, su población es el triple de la mexicana, su territorio (señaladamente a costa nuestra) es cinco veces más grande y se presenta una relación de 18 a 1 en el sector manufacturero. [12]

En junio de 1990 se conoció el Plan de Bush para las Américas, organizado a partir de tres elementos: libre comercio, inversión y reducción de la carga de la deuda. En este plan con evidente solazamiento se anuncia la existencia de "una marea democrática nunca antes vista en la historia del continente". Asimismo, el Plan presenta un marcado regodeo por lo que se considera el gran triunfo del esquema liberal y se aplaude el rechazo a las "políticas económicas estatistas que ahogan el crecimiento...". [13] Con estas premisas, el Plan propone una zona de libre comercio para toda América Latina, argumentando que el proteccionismo anula el progreso mientras que los mercados libres generan prosperidad.

Resulta pertinente contrastar el discurso de Bush con los escenarios que quedan en la periferia del proyecto estadounidense, como son las condiciones socioeconómicas de la mayoría de los habitantes de los países latinoamericanos.

Más allá de los cambios previsibles sobre las identidades culturales a partir de una mayor interacción comercial, lo que está produciendo importantes efectos sobre la construcción de un orden social significativo entre la población latinoamericana -y específicamente la mexicana- es la configuración de proyectos de nación en los cuales ella no participa como protagonista de los cambios que se observan por lo menos desde la década pasada, a partir de la cual sus condiciones de vida se han deteriorado.

Desde el gobierno de Miguel de la Madrid se presentaron nuevos lineamientos en la definición de las relaciones entre el Estado y los sectores populares, así como mayores niveles de inequidad en la distribución del ingreso; sin embargo, estos rasgos se fueron acentuando y, en declaraciones recientes, el ex presidente de la República José López Portillo se autodefinió como el último presidente de la Revolución. [14]

La redefinición del proyecto nacional dominante se ha caracterizado por un amplio apoyo a la inversión extranjera y al sector exportador, así como por una importante modificación de la participación del Estado en algunas actividades económicas, lo cual ha producido un fuerte adelgazamiento de su actividad social. De esta manera, de las 1,150 empresas paraestatales que existían en 1989, en 1990 sólo quedaban 400. Tal situación también es cierta para la acción estatal en las actividades culturales, donde la iniciativa privada ha venido incrementando su participación.

Los cambios a que hemos hecho alusión se presentan enmarcados por una realidad nacional que también ha sufrido importantes transformaciones, lo cual nos obliga a pensar los posibles efectos del TLC a la luz de las transformaciones socioculturales de México a partir de sus cambios en la composición urbano-rural, las transformaciones en los niveles de escolaridad de la población, la redefinición de los ámbitos de interacción cotidianos y genéricos, así como de los espacios públicos y privados, y el papel de las industrias culturales frente a las identidades profundas y las prácticas culturales tradicionales. [15]

En 1950, 60% de los latinoamericanos vivían en áreas rurales; en 1990 esta proporción descendió a 30% y se estima que para el año 2000 llegará a 25%. Asimismo, México, donde en los albores del siglo apenas 10% de la población vivía en localidades con más de 2,500 habitantes, al llegar a la década de los años sesenta casi la mitad de su población se encontraba radicando en zonas urbanas (50.8% en 1960). Para 1970, la población urbana había aumentado a 59%. Al inicio de la década pasada esta población aumentó a 66.7%, y al comienzo de la presente llegó a 72.8%.

Detrás de los cambios señalados, han cobrado relevancia las posiciones que destacan que la urbanización conlleva cambios fundamentales en los hábitos y las prácticas culturales, los cuales, sin caer en los esquemas fatalistas de la asimilación, implican importantes procesos de recreación cultural de la población inmigrante, así como matrices culturales diferenciadas para la población urbana y la rural.

La fuerte expansión económica de la posguerra implicó una importante urbanización de Latinoamérica, una diversificación económica y un sesgado mejoramiento social. [16] Sin embargo, la crisis de los años ochenta remontó muchos de los avances en materia de bienestar social, en tanto que 5% de la población, la de ingresos más altos, no salió afectada, sino que incluso los incrementó (CEPAL, 1991). Esta situación derivó en un aumento de la población pobre, "anulándose de este modo los progresos de los años setenta". [17] Ante esta situación, la CEPAL señala:

Los efectos del profundo deterioro de la situación social tienen numerosas manifestaciones. Afectan a los jóvenes, que en porcentajes elevados ni estudian ni trabajan; a las mujeres, que se han incorporado a la fuerza de trabajo en condiciones discriminatorias; a los jefes de familia, que sufren elevados niveles de desempleo. En la mayoría de los casos estas situaciones son más dramáticas para las familias de bajos ingresos y frecuentemente incluyen procesos acelerados de degradación ambiental, así como incremento en los indicadores de delincuencia en las grandes ciudades (CEPAL, 1991).

Carlos Fuentes indica que actualmente 20% de la humanidad acapara 80% de la riqueza mundial; asimismo, cita a Pierre Schori, quien señala que una quinta parte de los habitantes del mundo (1,000 millones) viven en la miseria absoluta, que cada día mueren innecesariamente 40,000 niños y que en esta década nacerán 1,500 millones de personas. En el escenario latinoamericano la situación es sumamente difícil si consideramos los problemas de alimentación para una parte importante de sus habitantes. Recientemente Edouard Saouma, director de la FAO, consideró el peligro de una hambruna en el mundo y señaló un cuadro preocupante de 700 millones de personas con desnutrición crónica y 50 millones con riesgo de morir de hambre. Asimismo, se registra que en América Latina existen 61 millones de personas en situación de pobreza extrema, condición que define a aquellos que carecen de la posibilidad de una dieta mínima diaria. La imagen sombría se agiganta cuando observamos que, de doce millones de niños que nacen anualmente, 700,000 mueren antes de cumplir un año. [18]

Los efectos de la crisis de los años ochenta se tradujeron en importantes carencias de oportunidades para los jóvenes latinoamericanos, dada la existencia de un desempleo abierto cercano a 10%; [19] asimismo se registraron una disminución en el gasto social -lo cual se expresó de manera importante en los renglones de salud y vivienda- y un deterioro en la distribución del ingreso. Con estos hechos la distancia entre ricos y pobres se fue incrementando, hasta duplicarse en los últimos treinta años, pues la quinta parte más rica de la población mundial recibe un ingreso 150 veces mayor al que percibe la quinta parte más pobre (PNUD, 1992). Asimismo, anualmente mueren cerca de 300,000

niños por diarreas en América Latina y observamos el resurgimiento de enfermedades de la miseria tales como el cólera, que cobra gran cantidad de víctimas.

La urbanización de la población se asocia con cambios profundos en las prácticas culturales y, de manera fundamental, en las redes de relaciones familiares. Desde la perspectiva desarrollada por Parsons se llegaron a considerar tendencias unívocas de desaparición de las familias extensas y de las redes de relaciones de atávica existencia en las relaciones afectivas, tales como el compadrazgo, frente a las familias nucleares; sin embargo, existe una amplia literatura que indica que las redes de relaciones familiares en el ámbito urbano no han implicado la desaparición de las familias extensas, ni de las redes de apoyo de antiguas raíces comunitarias. Esta discusión resulta de particular relevancia para los estados fronterizos del norte de México, donde los niveles de urbanización son más altos que los promedios nacionales, y especialmente para Baja California, donde más de 90 por ciento de la población reside en áreas urbanas (Valenzuela, 1991).

Conjuntamente con los cambios en la relación urbano-rural de la población mexicana, los niveles de educación y escolaridad han sufrido importantes modificaciones, pues a inicios de la década de los años treinta casi dos terceras partes de los mexicanos mayores de diez años eran analfabetos (63.6%) y en 1983 lo eran menos de 10%. Asimismo, a mediados del presente siglo el promedio de escolaridad de los mexicanos era de 1.4 años, mientras que en la mitad de la década pasada superó los seis años (Safa y Nivón, 1992).

Sin embargo, la situación educativa no mantiene una línea hacia arriba ni el interés político por el mejoramiento de la educación implica un esfuerzo creciente, sino que durante los últimos años hemos visto una disminución en el gasto relativo para la educación, que varió de 3.9% del PIB en 1982 a 2.6% en 1987, [20] al mismo tiempo que se afectaban las condiciones del proceso enseñanza-aprendizaje, principalmente por la caída del nivel de vida de los maestros, quienes de mediados de la década pasada a principios de los noventa vieron disminuidos sus salarios en 35% (Safa y Nivón, 1992). De acuerdo con la información de Safa y Nivón, este escenario se vuelve más difícil si consideramos que el porcentaje de alumnos que desertan de la escuela primaria es de 45% y que en las zonas rurales e indígenas el porcentaje asciende a 80%.

Por otro lado, la matrícula en las universidades disminuyó durante la década pasada en un marco de pérdida de competitividad en los mercados laborales de las universidades públicas frente a las privadas bajos salarios de los académicos y fuertes desigualdades en las condiciones de enseñanza-aprendizaje entre las universidades mexicanas y las estadounidenses y canadienses. Así, en 1980 se invirtieron en nuestro país 1,365 dólares por estudiante, mientras que en Canadá esta cifra era casi cinco veces mayor (6,000 dólares). A mediados de 1985 México dedicaba a la investigación 0.6% del PNB, mientras que Estados Unidos le asignaba 2% (Safa y Nivón, 1992).

La situación anterior se complementa con una débil participación empresarial en investigación y desarrollo, pues mientras en los países más industrializados participan con 52% de estos recursos, en América Latina su aportación es de tan sólo 10%. Así pues, la participación mayoritaria en el área educativa en nuestro país corresponde al Estado: de las 92 universidades que existen, 38 son públicas y atienden 83.8% de la matrícula nacional; asimismo, la gran mayoría de los alumnos de primaria y secundaria acuden a escuelas oficiales (Safa y Nivón, 1992).

Por otro lado, en el campo de las actividades culturales también se registra una disminución de los apoyos estatales y una creciente participación de la iniciativa privada

que, al mismo tiempo que se involucra en ellas, las resemantiza y las incorpora dentro de una lógica que no atiende prioritariamente a los valores culturales o al contenido estético de la creación artística, sino a su rentabilidad.

En México la reorganización del proyecto de nación requiere de una importante redefinición de la normatividad. En este punto se ubican las políticas de endurecimiento hacia las huelgas, los sindicatos y otros instrumentos de negociación tradicional de los trabajadores. Asimismo, se incorporan modificaciones en las formas tradicionales de organización ejidal, se establece un nuevo marco de relación Iglesia-Estado, se busca la apertura comercial, se modifican los discursos tradicionales de justicia social por los de eficiencia, productividad, modernización, excelencia, y se incrementan los discursos patronales que demandan modificaciones sustantivas a la Ley Federal del Trabajo (Valenzuela, 1992a).

Los elementos anteriores constituyen las bases sobre las cuales se construye el nuevo proyecto de nación; un proyecto que reordena las formas tradicionales de relación de los sectores pobres del país con el proyecto nacional dominante, por lo cual las identidades nacionales sufren un poderoso impacto que resulta mucho más profundo que las opciones de consumo de productos culturales provenientes de Estados Unidos, o los efectos de los medios masivos de comunicación, a cuya exposición se le atribuyen resultados directos de desnacionalización entre la población de la frontera norte de México. En efecto, uno de los argumentos recurrentes para probar la supuesta menor identidad cultural de la población fronteriza del norte del país es su exposición a los medios de comunicación estadounidenses; sin embargo, los pocos trabajos de investigación que en este campo se han desarrollado desaprueban esta visión lineal sobre la relación entre el medio y su público.

V. Los medios de comunicación

Una de las mayores preocupaciones en el debate sobre las implicaciones culturales del TLC se refiere a los efectos del acceso más intenso a los medios de comunicación extranjeros. Esta tesis, a pesar de subestimar la decodificación de los discursos desde la experiencia de vida, apunta hacia lo que podríamos considerar como una creciente supremacía de la marca de exposición a los medios audiovisuales. Lo anterior parecería confirmarse a partir de las fuertes dificultades que enfrenta la industria editorial.

El panorama de la industria editorial no resulta halagüeño a juzgar por la escasa cantidad de títulos, el limitado número de ejemplares que se publican en nuestro país y la gran cantidad de empresas editoriales que se han ido a la quiebra o tuvieron que disminuir su producción durante los últimos diez años. [21]

Sin embargo, el análisis de la industria editorial en México también rebasa los límites del debate del TLC y nos ubica en un ámbito que podemos caracterizar como no restrictivo para la comercialización transnacional de libros, pues como apunta Néstor García Canclini (1992), "el libre comercio editorial precede al Tratado en diez o quince años en México". Asimismo, señala que han sido las editoriales españolas las que por afinidades de lengua y cultura se han beneficiado de esta situación y seguramente lo seguirán haciendo en el marco del TLC. [22]

Los mercados editoriales de México y Estados Unidos son muy diferentes; en 1989 este último importó 800 millones de dólares en libros y México fue su proveedor número 16 con 0.9% (Canadá, 8%; España, 5%; Colombia, 1.2%), mientras que México compra 16% de las exportaciones españolas, de las que es el cliente principal (García Canclini, 1992).

Sin embargo, resulta pertinente reflexionar sobre la potencialidad del mercado "hispano" en Estados Unidos, pues, de acuerdo con la información censal de 1990, supera los 22 millones de personas. Sabemos que muchas de ellas prefieren o se les facilita más leer en inglés y que otras no tienen la costumbre de leer en ningún idioma. Sin embargo, la composición de la población de origen mexicano en Estados Unidos está cambiando, y en los flujos migratorios hacia aquel país se incorporan crecientemente jóvenes que provienen de medios urbanos y poseen promedios de escolaridad mayores que los nacionales. [23] Asimismo, en condados con una amplia proporción de niños mexicanos en las escuelas primarias, como el de Los Angeles, existe la necesidad de libros en español que presenten una visión diferente a la de los textos estadounidenses, pero que también contribuyan a los procesos de educación bilingüe de la población latina.

Como ya señalamos, el acceso a productos audiovisuales de Estados Unidos ha sido uno de los principales elementos en el debate sobre las posibles implicaciones culturales del TLC en la población mexicana. Sin embargo, antes de comentar el papel de los medios en la configuración y la recreación de las identidades colectivas, presentaremos un esbozo sobre las características de estas "industrias de sueños".

Jesús Martín Barbero (1992) destaca que durante la década de los años ochenta (llamada por muchos la década perdida) la industria de la comunicación fue la única que se desarrolló en América Latina. Las emisoras de televisión pasaron de 205 en 1970 a 1,459 en 1988. Asimismo, se registró un importante crecimiento en los enlaces radiales y televisivos vía satélite, redes de datos, antenas parabólicas y televisión por cable, proceso que se efectuó bajo el control de la iniciativa privada. Asimismo, Delia Crovi Druetta (1992) destaca que en este período los cambios sustantivos de la televisión latinoamericana fueron impulsados por las políticas neoliberales en la región y las nuevas tecnologías.

Entre los cambios fundamentales de los espacios televisivos en México se encuentran la disminución de la participación de la televisión pública y el fortalecimiento de las empresas privadas, situación derivada de las nuevas formas de financiamiento, la presión de las políticas neoliberales y el retiro de los subsidios (Esteinou, 1992).

En México, la atención principal de los televidentes se dirige hacia los canales comerciales de Televisa, empresa que ha tenido un enorme éxito en la exportación de programas, principalmente del género de telenovelas. [24] Televisa es la empresa más grande en español, con ventas superiores a 700 millones de dólares en el primer bimestre de 1992; asimismo, es la empresa editorial y de distribución de revistas en español más importante del mundo: publica regularmente cerca de 80 títulos y vende cada año más de 120 millones de ejemplares (Robina, 1992). [25]

Por el contrario, el sistema de televisión estatal ha vivido una profunda crisis que se agudizó al inicio de la presente década, cuando se hicieron públicos los problemas financieros de Imevisión. Posteriormente, se liquidó a parte de su personal y se optó por retirar los programas que no generaran ingresos. En octubre de 1990, Imevisión tenía un pasivo de 212 mil millones de pesos, equivalente a 99% del activo, y había liquidado a 2,246 trabajadores. Mediante decreto del 10 de diciembre de 1991, desaparece Imevisión. Ese mismo año el canal 22 fue convertido en cultural y para su puesta en funcionamiento se asignó un presupuesto de 70 mil millones de pesos. Este canal quedó instalado el 23 de marzo de 1992.

Conjuntamente con los cambios señalados, se reestructuró la programación del canal 13 (red nacional), cambió el contenido del 11 y se activó el procedimiento para la obtención de concesiones de la red nacional 7. A la postre, el Estado mantendría el canal 13, así

como los institutos Mexicano de la Radio y Mexicano de Cinematografía, y decidiría vender el canal 7.

Como muestra la experiencia fronteriza, el mero acceso a los medios estadounidenses no implica una transformación amplia de los hábitos de consumo de la población. Sin embargo, las opciones televisivas se han venido modificando y las preferencias y delimitaciones simbólicas de distinción se han expresado de manera importante a través de los sistemas de televisión por cable y de "pago por evento".

Entre las opciones "exclusivas" de consumo de medios audiovisuales ha cobrado relevancia el sistema de televisión por cable, de acuerdo con la revista de la Cámara Nacional de la Industria de la Televisión por Cable, [26] a muy corto plazo todas las poblaciones mexicanas con más de 30,000 habitantes tendrán este servicio. Se registra la existencia de 89 sistemas de televisión por cable en nuestro país y un número superior en instalación o en trámite. La información que proporciona esta Cámara en su Directorio de socios 1992 señala un índice de crecimiento de cobertura de las líneas de 20%, mientras que los suscriptores lo hacen en 15%. [27]

La televisión por cable surgió en Estados Unidos en las postrimerías de la primera mitad del siglo con el objetivo de llevar las señales televisivas a poblaciones alejadas de los centros de transmisión. Comenzó a funcionar en México en el año de 1954 en la ciudad fronteriza de Nogales, Sonora. Posteriormente, en 1969, se instalaron sistemas de televisión por cable en otros dos estados fronterizos: Coahuila (Ciudad Acuña) y Nuevo León (Monterrey), y sólo en 1969 se otorgó el permiso en el D. F. a Cablevisión -empresa de Televisa-. [28] Actualmente (1992), la televisión por cable en México posee más de 800,000 suscriptores distribuidos en 156 ciudades. [29]

En este punto resulta interesante destacar la tendencia monotemática de quienes optan por la contratación de ciertos servicios televisivos, a juzgar por el éxito que ha tenido este tipo de ofertas audiovisuales. Asimismo, destaca la transmisión de programación que en 90% es producida en Estados Unidos. También resulta relevante considerar que el desarrollo tecnológico en el área de comunicación ha desbordado a la legislación mexicana, pues el reglamento para televisión por cable tiene 25 años y en él no se considera la señal restringida o codificada que ya funciona en nuestro país, ni el "pago por evento", que opera desde 1989.

Otra de las formas de consumo audiovisual que han tenido una expansión espectacular es el video. Se calcula que en México cinco millones de hogares tienen videocasetera. En 1991 existían 9,000 centros distribuidores de video registrados; la empresa Videovisión tiene 772 locales, contra 674 de Videocentro, y en ellos destaca la presencia de películas estadounidenses.

Lo anterior contrasta con la impresionante crisis por la cual atraviesan las salas cinematográficas debido al alejamiento del público. Barbero (1992) señala que entre 1982 y 1988 hubo en Argentina una caída de espectadores de 45 a 22 millones, mientras que en México la asistencia disminuyó de 123 a 61 millones.

Según el citado estudio de García Canclini (1992) sobre los efectos del TLC en las industrias culturales, se considera que éste produciría pocos cambios en el cine debido a que las películas extranjeras pueden importar casi todo a México sin pagar aranceles y a que se eliminará el de 20% que paga el equipo de lujo.

Sin embargo, quedan algunos puntos para la reflexión cuando consideramos la sensible disminución de la participación estatal en la producción de películas, ya que entre 1971 y

1976 el Estado produjo 26.5% de las cintas nacionales. En el período de 1977 a 1982 su participación descendió a 19% y entre 1985 y 1988 fue de tan sólo 7%.

Creemos que el problema no se reduce al número de películas producidas, sino que debe involucrar su calidad y su capacidad de interlocución con el público nacional e internacional, sobre lo cual el llamado nuevo cine mexicano ofrece ejemplos alentadores.

Discutir los efectos del Tratado de Libre Comercio sobre las identidades culturales y nacionales requiere de análisis más profundos sobre los auditorios y sobre los efectos de los discursos audiovisuales en la vida cotidiana de los diferentes grupos sociales, pues es aquí donde se desdibuja el poder omnímodo de los medios. Asimismo, se deben ubicar los diferentes procesos de recreación y resistencia cultural de los sectores populares frente a las tendencias uniformadoras de la modernización.

Posiblemente, una manera apropiada de cerrar este apartado sea ejemplificar la situación a partir del análisis de Barbero sobre las telenovelas. Para ilustrar la relación contradictoria entre la lógica del mercado y las prácticas culturales, Barbero analiza el papel de las telenovelas, "el más grande éxito de audiencia dentro y fuera de América Latina", en la medida en que mezcla modernas tecnologías audiovisuales con "anacronías narrativas" insertas en las prácticas culturales de la población. Lo anterior, desde la perspectiva de Barbero, requiere de

reubicar la telenovela en el terreno de las transformaciones tecnoperceptivas que posibilitan a las masas urbanas apropiarse de la modernidad sin dejar su cultura oral. La televisión resulta así expresión de una oralidad secundaria en la que se mestizan la larga duración de los relatos primitivos con la gramática de fragmentación de las imágenes que proponen el cine, la televisión y la publicidad (Barbero, 1992).

A partir de lo anterior, Barbero explora los vínculos entre la telenovela y la cultura oral, [30] enfatizando en la lucha tendiente a la obtención de reconocimiento como una posible conexión secreta del melodrama y la historia cultural de nuestro subcontinente, y en la influencia que la telenovela ejerce en la recreación del imaginario latinoamericano.

Lo anterior nos muestra formas diferenciadas de apropiación de los discursos y de la tecnología a partir de los referentes profundos o persistentes de los grupos sociales, la integración de los planteamientos de la modernidad, la globalización y la integración económica dentro de las matrices o los modelos culturales tradicionales. Esto nos lleva nuevamente al terreno de interrelación y conflicto entre las posibilidades que ofrece el consumo pregonado por la ideología neoliberal, y la experiencia de vida formada dentro de procesos relacionales de construcción-reconstrucción de las identidades colectivas.

Los elementos hasta aquí discutidos en relación con el papel de los medios masivos de comunicación y su capacidad de incidencia en la configuración de modelos culturales se refrenda de manera adecuada cuando analizamos las características del consumo de medios por parte de la población que habita en la frontera México-Estados Unidos, la cual vive en condiciones que de cierta manera prefiguran el escenario que enmarca el TLC y nos permite reflexionar acerca de los efectos culturales previsibles en el marco de una mayor interacción y circulación de bienes simbólicos dentro de ámbitos transfronterizos y transnacionales.

A partir de los pocos trabajos existentes sobre consumo de medios en la frontera norte, sabemos que la radio y la televisión son los que captan mayor tiempo al público, [31] el cual presenta importantes diferencias según sector social, sexo (Malagamba, 1986) y edad (existe una mayor proclividad hacia los programas estadounidenses entre los jóvenes

de las zonas residenciales que entre los sectores medios y bajos). Lo anterior nos ubica en ámbitos culturales diferenciados, donde las redes de significado y los entornos cotidianos de interacción son más amplios e intensos entre los jóvenes de altos ingresos, lo cual puede asociarse tanto al radio del ámbito cotidiano, como a un mayor conocimiento del idioma inglés, presentando, por lo tanto, un mayor contenido transfronterizo.

Una importante conclusión derivada de los trabajos a los cuales hemos hecho alusión es que la preferencia por la producción televisiva de Estados Unidos no está relacionada de manera directa con la proximidad geográfica a la frontera estadounidense, lo cual nos remite a la conformación de redes de adscripción y significado insertas en el ámbito genérico, comunidades hermenéuticas donde la mediación se vincula con la experiencia de vida de los sectores sociales, con lo cual se establecen complejos sistemas de redes de significado que pueden hacer más homogénea la definición del gusto y las adscripciones identitarias como variables condicionadas por el sector social de pertenencia.

Existe una fuerte interacción económica, social y cultural de la población fronteriza con la alteridad estadounidense; sin embargo, no se puede vincular de manera lineal el acceso al consumo de productos extranjeros y la intensa relación transfronteriza con la pérdida de las identidades culturales, dado que la experiencia cotidiana de la realidad fronteriza presenta complejos procesos de asimilación, recreación y resistencia cultural que no pueden ser capturados a partir de esquemas binarios.

En un trabajo reciente, José Carlos Lozano señala que existe una orientación mayoritaria de las estaciones radiofónicas de la frontera norte hacia la música mexicana tradicional (ranchera, regional, norteña y tropical). Por otro lado, la fuerza numérica de la población de origen mexicano en Estados Unidos también se pone de manifiesto cuando analizamos la construcción de espacios radiofónicos, pues en Estados Unidos existen 233 estaciones de radio que transmiten en español, de las cuales 177 lo hacen en amplitud modulada y 56 en frecuencia modulada (Morales, 1992). Asimismo, los ratings de abril de 1991 señalan que las radiodifusoras KLVE (107.5) y KWKW, las cuales transmiten en español en el área de Los Angeles, ocuparon el séptimo y el noveno lugar, respectivamente, entre más de 80 estaciones, de las cuales siete transmiten en ese idioma. Lo anterior resulta relevante para nuestro análisis porque nos presenta una imagen mucho más real de los complejos circuitos culturales que participan en la construcción cotidiana de los productos culturales que permiten la actualización de las identidades.

Reflexión final

Uno de los puntos centrales en la redefinición capitalista mundial refiere a la construcción de los proyectos nacionales. En América Latina la hegemonía estadounidense avanza en sus planes de corte neoliberal pulverizando diversos programas y políticas de carácter asistencialista y de protección social. Dentro de este escenario confluye el actual proyecto nacional en nuestro país, con cambios fundamentales que nos preparan para entrar de manera competitiva en el concierto internacional.

Como es conocido, los asuntos culturales ocuparon un lugar privilegiado en la discusión del Acuerdo de Libre Comercio entre Estados Unidos y Canadá, en el cual se reconoce el derecho canadiense a su preservación identitaria y cultural. Al mismo tiempo, Canadá refrenda sus atribuciones para otorgar subsidios a revistas y a una parte de la "red protectora de publicaciones, películas y transmisiones televisivas" (Castro, 1989). En esta discusión se reconoce la importancia central que el acuerdo comercial puede tener sobre

la radio y la televisión, de lo cual derivó la decisión canadiense de no desproteger del todo estas áreas manteniendo dependencias públicas de carácter cultural -Canadian Broadcasting Corporation, National Film y Canada Council y otorgando apoyos y subsidios a industrias culturales privadas (Castro, 1989).

La discusión entre Estados Unidos y Canadá en relación con su Acuerdo estuvo influida por la disputa de las identidades culturales. En estos países, donde las características físicas y lingüísticas y los niveles de vida se asemejan, la definición identitaria enfatiza la dimensión subjetiva de las diferencias y pondera las demarcaciones imaginarias. Los canadienses se enorgullecen de no ser estadounidenses, manifiestan su interés por no llegar a serlo y se atrincheran en la preservación de sus identidades culturales, en la semantización de su comunidad nacional. [32]

TEXTO

Por otra parte, en la frontera sur de Estados Unidos la confrontación es más contundente dadas las profundas asimetrías económicas, lingüísticas y culturales que confluyen y se confrontan entre ese país y un nuevo proyecto mexicano de nación que, de manera contradictoria y en ocasiones paradójica, nos identifica como miembros de la modernidad, independientemente de que carezcamos de sus atributos inherentes de bienestar, altos niveles de vida, democracia, altas tecnología y productividad y fuerte desarrollo de los medios electrónicos y del individualismo.

A partir de los elementos vertidos, resulta necesario volver a nuestra idea inicial sobre los efectos previsibles del TLC sobre las identidades culturales, acerca de lo cual existen posiciones variadas que incluyen puntos de vista que resaltan la inalterabilidad de costumbres, hábitos, tradiciones, estilos de vida, etc., esto es, la permanencia de las identidades culturales profundas; pero incorpora también las voces de quienes enfatizan la defensa de un abstracto sentimiento de pertenencia emocional o identidad patria, quienes ponen el acento en la identidad nacional y quienes señalan el sentimiento de adscripción a un ámbito imaginario que delimita pautas de conducta o pertenencia a la llamada cultura nacional.

La experiencia de la frontera norte de México indica que no es adecuado pensar que el mero acceso a productos provenientes de Estados Unidos, o la exposición a las emisiones de los medios estadounidenses y la acción de las industrias culturales derivan automáticamente en una transformación de las identidades culturales. Seguramente, los grupos sociales tratarán de aprovechar muchos de los productos que se les ofrezcan; sin embargo, este consumo de productos se insertará en redes de sentido simbólico según sus propias matrices culturales.

A partir de los elementos expuestos, consideramos que las identidades sociales mexicanas se encuentran sujetas a importantes transformaciones, sobre las cuales influye de manera más relevante la modificación del proyecto nacional que una mayor exposición a productos estadounidenses derivada del TLC.

CITAS:

[*] Director del Depto. de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte.

[1] Héctor Aguilar Camín enfatiza el vigor de la actual identidad nacional mexicana. Carlos Fuentes destaca la mayor fortaleza de la identidad nacional de los mexicanos sobre la de los estadounidenses, por lo cual considera que deben ser ellos los que sientan temor, dado que para nosotros la pluricultura no es un problema. Por su parte, Carlos Monsiváis

considera la identidad cultural como una suerte de espíritu de "continuidad y de resistencia, de adaptación y asimilación" (La Jornada, jueves 28 de julio de 1992).

[2] Así, Lorenzo Meyer señala: "Sé que existe, pero no tengo una idea clara de qué se puede entender como identidad nacional mexicana. Sin embargo, soy optimista al respecto" (La Jornada, jueves 18 de julio de 1992).

[3] Entre estos puntos de vista se encuentra el de Octavio Paz, quien partiendo de la experiencia de la Comunidad Europea, fundada (en su opinión) en las diferencias culturales lingüísticas e históricas entre sus miembros, deriva que: "en América deberíamos explorar ese camino. Si tiene éxito, como espero, podría completarse y coronarse con una asociación política y cultural de los tres Estados" (Paz, 1992).

[4] Para una discusión más amplia de las posiciones teóricas sobre las identidades sociales véase Valenzuela, 1992b.

[5] La identidad nacional nos remite a la dimensión ideológica que implica la identificación con un proyecto de nación, una visión común de sociedad que generalmente coincide con la propuesta de organización social dominante que se reconstruye simbólicamente y es compartida por diferentes sectores y clases sociales. La identidad nacional, al igual que la identidad cultural nacional, se reproducen a través de diferentes mecanismos institucionalizados, mientras que las identidades culturales profundas lo hacen a través de la habituación o praxis grupal que se expresa principalmente en la vida cotidiana y por fuera de los canales oficiales. Por otra parte, cuando hablamos de identidad étnica hacemos referencia a los atributos reales (lengua, cultura, color de piel) o imaginarios a partir de los cuales se construye un "límite de adscripción" desde donde se reconoce a los miembros del grupo y se excluye a los otros.

[6] En noviembre de 1992 observamos el asesinato de una mujer y una niña de origen turco, víctimas de los grupos neonazis en Alemania; en España se asesinó a una dominicana y se intentó incendiar la casa de otras dos; en Nápoles se profanaron las tumbas judías. Sin embargo la exaltación de la euforia derechista no sólo mantiene un fuerte componente xenofóbico: también los skinheads alemanes asesinaron a un joven izquierdista. El asesinato de una persona que los agresores suponían era de origen judío y los ataques xenofóbicos de Rostock son otros ejemplos de la multiplicación de este tipo de agresiones de odio.

[7] Para un acercamiento más detallado al concepto del México profundo, véase Bonfil, 1990 y 1991. Por otro lado, el concepto de identidades persistentes es desarrollado por Gilberto Giménez (1992).

[8] En el Museo Nacional de Yakarta hay una pared de madera, trabajada por artistas javaneses, cuyos cuadros representan aspectos fundamentales de su historia nacional. Estos cuadros carecen de un orden preciso en el sentido cronológico-lineal que se le suele atribuir a la historia y el desarrollo de los pueblos en nuestras culturas, por lo cual expresan una visión plural de los tiempos históricos a la par que refieren a diversas historias posibles.

Considero lo anterior como una referencia pertinente para una discusión en la cual se analizan las posibilidades socioculturales que no se insertan de manera lineal en los tiempos y procesos definidos por la globalización económica y social o por algunos esquemas binarios y dicotomizantes de las teorías de la modernización.

[9] Fossaert (1992) señala los procesos de etnólisis derivados de una larga cohabitación impuesta y pacificada por un Estado poderoso, y señala, en relación con la nación, que ésta "cristaliza bajo el empuje de un Estado que pugna por unificar su población en un pueblo convertido en lo más homogéneo posible por efecto de su administración, de su justicia y de su iglesia, así como por la acción de sus escuelas, de su ejército de conscripción, de su mercado nacional y, por último, de sus medios de comunicación de masas. La nación es la identidad colectiva de un pueblo cuyo discurso social común está modelado a escala de un Estado y bajo la presión perseverante de éste".

[10] Girault (1992) señala: "Es indudable que la coyuntura económica y política en Europa occidental a partir de la segunda Guerra Mundial ha incitado a los europeos ante todo a un mayor liberalismo en sus intercambios materiales y humanos, y después a una cierta cooperación sectorial (política agrícola común o en los transportes); después a una Comunidad Económica amplia, y por último, a una unificación jurídica de acuerdo con una sociedad cada vez más uniformada y estandarizada. Este proceso 'vivido' ha ayudado a la toma de conciencia; de la Europa 'vivida' se ha pasado a la Europa 'pensada'. No obstante, esta interdependencia ha sido (y sigue siendo) variable según los círculos y los lugares; es necesario por lo tanto que intervengan otros factores para explicar esas actitudes diversas. Fenómenos vinculados a formaciones culturales diversas, entre países de tradición católica o protestante, entre regiones vivaces frente al poder central o no, entre zonas centrales y zonas fronterizas, entre agrupamientos humanos abiertos, es decir, influidos por el fenómeno migratorio o no, etcétera."

[11] Esta situación afecta de manera principal a los grupos minoritarios, quienes han padecido los costos de estas políticas, pues entre 1969 y 1990 la tasa de pobreza entre la población negra de las ciudades aumentó de 21.2 a 33.8%. Así, dos de cada cinco niños negros vivían bajo los límites de pobreza, mientras que la mortalidad infantil negra era dos veces mayor a la de los blancos (La Jornada, 6 de mayo de 1992).

[12] No obstante, la apertura comercial se presenta dentro de una situación de declive económico relativo de la más grande potencia militar del mundo (que es al mismo tiempo la que cuenta con el mayor endeudamiento). La deuda externa estadounidense es de 230 mil millones de dólares y su déficit en la balanza comercial de 70 mil. Al mismo tiempo, nuevos actores asumen el liderazgo económico, destacando el caso de Japón que tuvo un incremento en su productividad 25 veces superior al estadounidense durante el período de 1950 a 1975, mientras que Estados Unidos disminuía su importancia económica de 68.6% en 1945, a 27.7% en 1975 (El Cotidiano, UAM Azcapotzalco, mayo-junio de 1991).

[13] Ibid.

[14] Proceso, núm. 836, 9 de noviembre de 1992. Sin embargo, durante su período presidencial creció la desigualdad social por los problemas económicos profundizados con la caída de los precios del petróleo en el mercado internacional y las altas tasas de inflación.

[15] Para un recuento sumario de diversas posiciones sobre los efectos del TLC en las identidades culturales y nacionales, véase Esteinou (1992).

[16] De acuerdo con información de la CEPAL, este período se caracterizó por: sostenida expansión económica, incremento de la capacidad productiva y tecnológica, aumento del PIB real por habitante, diversificación social, fuertes migraciones del campo a la ciudad, rezago tecnológico, alta vulnerabilidad externa y desigual distribución de los beneficios. Asimismo, se registraron logros sociales como: fuerte disminución de la mortalidad,

incremento de 16 años en la esperanza de vida (de 52 años en 1950 a 68 en 1991), mayor cobertura escolar, disminución de las tasas de analfabetismo, incremento en infraestructura y servicios públicos, reducción relativa de las personas ubicadas bajo la línea de la pobreza y una fuerte concentración del ingreso (CEPAL, 1991).

[17] La CEPAL informa que "el porcentaje de pobres pasó de 41% a 43% de la población entre 1980 y 1986 (136 millones y 170 millones de habitantes, respectivamente) y una estimación conservadora sitúa esa cifra en 44% en 1989, lo que equivale a 183.2 millones de habitantes". Asimismo, la CEPAL señala el empeoramiento en la distribución del ingreso en la mayoría de los países latinoamericanos, y también se constata que los años de la posguerra se caracterizaron por fuertes transformaciones en la estructura productiva latinoamericana, donde el sector agrícola fue perdiendo peso relativo al pasar de 50.2% en 1960 a 42.1% en el 70, 36.2% en 1980 y 36% en el 90. Por otro lado, el sector industrial representó 18.2% en 1960, 20.8% en 1970 20.9% en 1980 y 17.5% en el 90. Finalmente, observamos el importante crecimiento en el sector de servicios, que pasa de 18.2% en 1960 a 37.1% en 1979, 42.9% en el 80 y 46.5% en 1990 (CEPAL, 1991).

[18] La Jornada, 22 de junio de 1992.

[19] El informe de la CEPAL señala que, para la segunda mitad de la década de los años ochenta, se presentó una disminución del desempleo debido a mayor incorporación de la población en actividades de productividad e ingresos bajos, tales como trabajos "no profesionales por cuenta propia" (CEPAL, 1991).

[20] Información reciente indica que, durante los años posteriores al período considerado, el gasto gubernamental en educación se ha incrementado.

[21] De acuerdo con Néstor García Canclini (1992), en 1989 se publicaron tan sólo 9,993 títulos y 76.3 millones de ejemplares, mientras que España publica 39,000 títulos anuales y Estados Unidos 650,000. Asimismo, señala que 30% de las empresas editoriales son de capital nacional, 60% de capital mixto y 10% extranjero, principalmente español, estadounidense, francés, italiano, argentino y colombiano. También destaca que de las 1,106 empresas editoriales, menos de dos centenas imprimen más de diez títulos anuales y el número de las empresas de capital nacional que publican más de 50 no llega a 10% (Citesa, Era, Esfinge, Fernández, Fondo de Cultura Económica, Limusa, Porrúa, Siglo XXI y Trillas).

[22] Sin embargo, también se destacan los cambios de la industria editorial española derivados de la absorción de algunas de estas empresas que habían comprado editoriales mexicanas, por empresas de otros países europeos: Anaya compró a Alianza, Labor y Nueva Imagen; Mondadori a Grijalbo, y Planeta a Ariel y Seix Barral.

[23] Jorge A. Bustamante, proyecto de investigación "Cañón Zapata".

[24] Prueba de ello es el enorme éxito que éstas han tenido no sólo en Latinoamérica, sino también en Estados Unidos y en algunos países europeos como España, pero también en países con tradiciones culturales diferentes como la ex URSS y Vietnam, donde Los ricos también lloran con Verónica Castro ha tenido una gran aceptación.

[25] Soledad Robina B. señala además que Televisa incursiona en los campos de televisión, televisión por cable, servicios de doblaje, radio, teatro, eventos y espectáculos, publicaciones, discos, cines y duplicación de videocasetes, y destaca que las áreas de expansión se orientan hacia la incorporación de la televisión de alta definición, incremento del servicio pay per view ("pago por evento", transmisiones con cobro adicional en el

servicio por cable), servicios de mensajes electrónicos personales y creación de salas cinematográficas para 150 a 200 personas.

[26] CANITEC, época V, núm. 4, diciembre de 1990.

[27] Alberto Ennis señala que Cablevisión de Televisa tiene 135,000 socios, mientras que Multivisión cuenta con aproximadamente 150,000 (Fernández, 1992).

[28] De acuerdo con lo señalado por Rodríguez (1992), desde 1966 funcionaba en el D.F. un circuito de televisión por cable que transmitía operaciones quirúrgicas, programas educativos y de capacitación en circuito cerrado entre las clínicas del Seguro Social y otras dependencias del Sector Salud.

[29] El sistema de televisión por cable, que para 1970 apenas contaba con 2,500 suscriptores en 1975 alcanzaba 80,247; en 1980 se incrementaron a 233,100; en el 85 a 330,167; en 1990 ya habían llegado a 601,458 y en 1992 se registraron 867,561. Por otra parte, el sistema de televisión por cable se inició con proyectos comunitarios en poblaciones pequeñas de Estados Unidos con el nombre de Community Antenna Television (CATV) (Rodríguez, 1992).

[30] En donde se explota "el universo de las leyendas, de los cuentos de miedo y de misterio que desde el campo se han desplazado a la ciudad -a una ciudad ruralizada al mismo tiempo que los países se urbanizan- en forma de 'literatura de cordel' brasileña, corridos mexicanos o Vallenatos colombianos. La narración -en el sentido que le da W. Benjamin- prima sobre la novela produciendo una apertura de relato que es indeterminación del tiempo (se sabe cuándo empieza pero no cuándo acabará) y porosidad a la 'actualidad', de lo que pasa en las condiciones de su producción, e introduciendo una dialoguicidad que es confusión entre relato y vida, en la que el autor, lector y personajes intercambian continuamente sus posiciones" (Barbero, 1992).

[31] Para una discusión más detallada sobre las especificidades del consumo de estos medios, véase Bustamante, 1983. Sin embargo, poco se ha desarrollado en relación con el consumo simbólico. Sobre éste, véanse Malagamba, 1986 y Lozano, 1991.

[32] De esta manera, la nación expresa un discurso social común que participa en la construcción del imaginario colectivo donde anida la conciencia nacional.

BIBLIOGRAFIA:

Barbero, J. M. (1992), "Comunicación e imaginarios de la integración", en Intermedios, núm. 2, junio, México.

Bonfil, G. (1990), El México profundo, Los Noventa, México.

Bonfil, G. (1991), Pensar la cultura, Alianza Editorial, México.

Bustamante, J. A. (1983), Tensiones sociales entre los jóvenes de la frontera norte, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.

Castro Martínez, P. F. (1989), "El acuerdo de libre comercio en Estados Unidos y Canadá", en Comercio Exterior, núm. 4, abril, México.

CEPAL (1991), "Notas sobre el desarrollo de América Latina", apuntes para la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno en Guadalajara, 18-19 de julio.

Crovi, D. (1992), "¿Hacia dónde va la nueva televisión?", ponencia al coloquio "Televisión en México y libre comercio", Seminario de Estudios de la Cultura, 5-6 de noviembre México.

Esteinou Madrid, J. (1992), "La cultura y la televisión mexicanas ante el tratado trilateral de libre comercio", ponencia al coloquio "Televisión en México y libre comercio", Seminario de Estudios de la Cultura, 5-6 de noviembre, México.

Fernández, J. A. (1992), entrevista con Alberto Ennis, en Telemundo año 2, núm. 7, septiembre-octubre, México.

Fossaert, R. (1992), "Modernización e identidades: México en el corazón del Nuevo Mundo", ponencia al coloquio "Modernidad e identidades sociales", Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM-Instituto Francés de América Latina, 28-29 de octubre, México.

Fuentes, C. (1992), "La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial", en Coloquio de Invierno. Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación mundial de la democracia, t. I, Nexos-UNAM, México.

García Canclini, N. (1992), "Las industrias culturales", en G. Guevara Niebla y N. García Canclini (coords.), La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio, Nueva Imagen, México.

Giménez, G. (1992), "Comunidades primordiales y modernización de México", ponencia al coloquio "Modernidad e identidades sociales", Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM-Instituto Francés de América Latina, 28-29 de octubre, México.

Girault, R. (1992), "La modernización en Europa occidental: construcción europea e identidad cultural europea", ponencia al coloquio "Modernidad e identidades sociales", Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM-Instituto Francés de América Latina, 28-29 de octubre, México.

Lozano, J. C. (1991), Prensa, radiodifusión e identidad cultural en la frontera norte, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.

Lustig, N. (1992), "América Latina, desigualdad y pobreza", en Cuaderno de Nexos, núm. 47, mayo, México.

Malagamba, A. (1986), La televisión y su impacto en la población infantil de Tijuana, Cefnomex (Col. Cuadernos de Trabajo), México.

Morales, Ma. L. (1992), "Numeroscopio", en Bitácora de la Revista Mexicana de Comunicación, año 1, núm. 3, enero-febrero, México.

Paz, O. (1992), "Respuestas nuevas a preguntas viejas", en Vuelta, año XVI, núm. 192, noviembre, México.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1992), "Informe sobre desarrollo humano, 1992", en La Jornada, 6 de mayo de 1992.

Robina, S. (1992), "La aldea continental: el caso de Televisa", ponencia al coloquio "Televisión en México y libre comercio", Seminario de Estudios de la Cultura, 5-6 de noviembre, México.

Rodríguez Dorantes, C. (1992), "La televisión de paga en México: el caso de Cablevisión y Multivisión", ponencia al coloquio "Televisión en México y libre comercio", Seminario de Estudios de la Cultura, 5-6 de noviembre, México.

Safa, P., y E. Nivón (1992), "La educación y el Tratado de Libre Comercio: de la crisis a las perspectivas", en G. Guevara Niebla y N. García Canclini (coords.), La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio, Nueva Imagen, México.

Valenzuela Arce, J. M. (1991), Empapados de sereno: el movimiento urbano-popular en Baja California (1928-1988), El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.

Valenzuela Arce, J. M. (1992a), "En la frontera norte de México: Tratado de Libre Comercio e identidad cultural", en G. Guevara Niebla y N. García Canclini (coords.), La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio, Nueva Imagen, México.

Valenzuela Arce, J. M. (comp.) (1992b), Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, Tijuana.